

— ¡Ah! ¡Ahora empiezo á comprender!, contestó Ricardo poniéndose el sombrero y lanzándose hacia adelante.

Mas de pronto se detuvo. Una mano desconocida había agarrado el brazo del escribiente en el umbral de la puerta. Éste se volvió bruscamente, y viéndose delante del abogado, dió un paso atrás y se quedó un momento recostado en la pared, como petrificado.

— Pues bien, sí, murmuró casi sin voz; ¡yo he sido!

Y se marchó lentamente, rozando la pared con la espalda, como muchacho á quien se amenaza con pegarle un puntapié.

## XII

Julia se había levantado aquel día muy temprano, después de un sueño breve y agitado por dolorosas pesadillas. La noche antes Alberto le había parecido más desconsolado que de costumbre, más de una vez le había sorprendido con las lágrimas en los ojos, y después de pasar un buen rato animándole, no obtuvo otra contestación sino «¡Ah, Julia! ¡No puedo vivir así!» Habíase dormido con el corazón traspasado por aquellas palabras, y al despertarse le había parecido que todavía las estaba oyendo.

Se vistió de prisa y fué á llamar á la puerta del cuarto de Alberto, esperando el acostumbrado «¡Adelante!,» pronunciado con voz cansada y melancólica. No oyendo respuesta, llamó de nuevo: nada: entonces abrió y entró. Alberto no estaba. Julia permaneció un rato inmóvil y pensativa, con los ojos fijos en la vela enteramente consumida. Luego se acercó á la ventana y miró afuera; el cielo estaba encapotado; poco á poco fué apoderándose de su corazón el presentimiento de una desgracia; volvió después á su cuarto, se sentó, apoyó la cabeza en

una mano y se puso á pensar, sumida en profunda melancolía.

Al poco rato entró su madre y se sentó enfrente de ella sin decir una palabra.

En esto, llamaron á la puerta; Julia fué á abrir, y una vecina vieja asomó la cabeza diciendo:

— ¿No sabéis la novedad?

— No sé nada, contestó la joven.

— Que se ha tirado un hombre desde la torre de la catedral.

— ¿Cuándo?, se apresuró á preguntar Julia.

— Anoche.

— No; ha sido esta mañana, objetó otra mujer que llegó en aquel momento al rellano de la escalera con un lío debajo del brazo; me han dicho que ha sido esta mañana, de seis á siete.

— ¿Quién era?, preguntó Julia.

— No se sabe, respondieron á una las dos mujeres.

Julia estuvo un momento pensando y luego dijo para sí: «No puede ser,» y sonrió; pero luego volvió á quedarse pensativa.

— ¿Qué ha sucedido?, le preguntó su madre cuando entró en el cuarto.

— Que se ha tirado un hombre desde la torre de la catedral.

La madre hizo un movimiento de horror, y mirando á su hija, dijo en voz baja, después de titubear un momento:

— ¡Dios mío! Si fuese...

— ¿Quién?, gritó Julia.

— El Sr. Alberto, contestó la vieja aterrada.

— ¡El Sr. Alberto!, replicó la joven con acento indefinible de sorpresa: ¡ten cuidado con lo que dices, mamá! ¿Estás



Julia estuvo un momento pensando y luego dijo para sí: «No puede ser.»

loca?... ¡Hay cosas que ni siquiera deben pensarse!

Y se echó á llorar.

— ¿No sabéis?, dijo en aquel punto otra mujer parándose delante de la puerta. Dicen que el hombre que se ha arrojado de la torre es un empleado.

— Y yo le digo á usted, respondió Julia corriendo á la puerta, que nos deje en paz. ¡Vaya usted á otra parte á hablar de eso! ¡Dios mío!, añadió luego acercándose á su madre; bien habría podido decirnos algo antes de salir, y no dejarnos aquí pensando de él Dios sabe qué cosas. ¡Vaya un modo de marcharse sin decir nada! Escuchen, gritó corriendo otra vez al rellano y deteniendo á las dos mujeres, que se retiraban refunfuñando; perdonenme ustedes. Diganme otra cosa. Luego volvió á su madre: Mamá, no sé por qué tengo miedo. Y dirigiéndose á las mujeres añadió: ¿Quién les ha dicho á ustedes que es un empleado? ¿Cuándo se ha arrojado? ¿Por qué?

— Por miseria, contestaron aquéllas. Se comprende.

— ¡Por miseria!, exclamó Julia con voz desgarradora.

— Pero ¿qué le pasa á usted?, preguntaron las vecinas.

— ¡Qué me pasa!, repitió la joven con el semblante pálido y alterado. ¡Que estoy desesperada! ¡Que no sé lo que me hago!

— ¿Teme usted que haya sido el joven que vive aquí?

— Sí, sí, gritó Julia dando vueltas como una loca por el cuarto buscando su mantón: ¿aún no lo han comprendido ustedes?

— No puede ser, dijeron las vecinas. ¡Es tan tranquilo! No será él.

Y procuraron detenerla.

— ¡Dejadme pasar!, gritó Julia corriendo á la puerta.

— Pero si no es él, dijeron á coro las vecinas y la madre,

sujetándola por los brazos. ¿Adónde quieres ir? ¡Tranquilízate, por Dios! ¡No es él!

— Dejadme ú os muerdo, gritó la joven fuera de sí.

Y haciendo un esfuerzo desesperado se desasíó de las mujeres y se lanzó á la escalera.

Dos desconocidos la detuvieron.

— ¿Está en casa el Sr. Alberto?, le preguntó uno de ellos.

Julia retrocedió, le miró y le contestó con voz afanosa:

— No, señor. ¿Quién es usted?

— Soy el abogado B\*\*\*, contestó éste mirándola con cierto asombro.

— ¡Ah! ¿Sí?, contestó Julia clavando en él una mirada de loca. ¿Y se atreve usted á poner el pie en esta casa?... ¡Infame! ¡Asesino!

Y así diciendo se le echó encima, y le dió un golpe en la cara con la llave.

Luego cayó en brazos de las dos mujeres exclamando: «¡No, no era un ladrón!» y se desmayó.

— Márchese usted, dijo Ricardo al abogado. No conviene que esté usted aquí, yo lo explicaré todo y dentro de un rato estaré en su casa.

Y se inclinó sobre Julia, mientras el abogado bajaba la escalera, aturdido y enjugándose la cara, de la que brotaba sangre.

### XIII

Pocas horas después Ricardo no estaba ya allí y Alberto había vuelto á casa, encontrando con gran sorpresa suya á Julia tranquila y sonriente. Primeramente la miró un rato, haciendo comentarios para sus adentros; luego le preguntó la

causa de aquella serenidad. Julia le entregó una carta, diciéndole que la había traído un caballero. Alberto leyó lo siguiente:

«Se ruega al Sr. Alberto que pase esta noche, á las siete,



Julia le entregó una carta, diciéndole que la había traído un caballero

por la calle (se indicaba la calle, el número y el piso), donde se le dará una contestación á su petición de hace dos días; confío en que será favorable. — RICARDO.»

— ¿Qué petición es esa?, preguntó Julia.

— La de una plaza de escribiente en la oficina de un inge-

niero, contestó Alberto con tristeza. Iré... á oír lo de siempre... : que vuelva dentro de un mes.

— Pero ¿quién vive en esa casa?

— No lo sé.

Julia repitió con satisfacción:

— No lo sabe.

Y Alberto no dijo nada más.

#### XIV

A las siete tiraba de la campanilla de la casa indicada en a carta de Ricardo. Abrió un criado, que le hizo atravesar dos ó tres habitaciones y en una de ellas le rogó que esperase unos momentos. Era una hermosa sala con una rica alfombra, alumbrada por una magnífica lámpara puesta en una mesa que había en el centro. Alberto se sentó y miró alrededor. Las paredes estaban adornadas de espejos y de cuadros; los veladores llenos de flores, de libros lujosamente encuadernados, de objetos de arte; á un lado, sobre una esbelta columnita, había una estatua de alabastro con un brazo extendido que parecía señalar al joven; en todas partes brillaba alguna cosa. Hacía mucho tiempo que no había visto una sala tan elegante y lujosa. Tocó el respaldo de un sillón que tenía al lado: era de terciopelo; miró á sus pies, había una piel de tigre. Se volvió; vió un gran fanal de cristal que cubría un reloj de bronce. Dondequiera que fijaba la vista veía objetos que costaban lo menos tres veces su sueldo de un mes. Estuvo gran rato observándolo todo con curiosidad infantil, las flores de los bordados, los marcos de los espejos, los candelabros, los almohadones, los arabescos. Luego sintió una tristeza indefinible. Aquel esplendor le ofendía como si fuera un escarnio á su miseria; aquella estatua que



«Sr. Alberto, tengo la prueba de su inocencia» (pág. 296)